

Viernes

33^a semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: 1 Macabeos 4,36-37.52-59

En aquellos días, ³⁶ Judas y sus hermanos dijeron:

–Nuestros enemigos han sido vencidos; vayamos a purificar y consagrar el templo.

³⁷ Reunieron todo el ejército y fueron al monte Sión.

⁵² El veinticinco del mes de Casleu del año ciento cuarenta y ocho, se levantaron de madrugada ⁵³ y ofrecieron un sacrificio según la ley en el altar de los holocaustos que habían hecho. ⁵⁴ El altar fue inaugurado al son de himnos, cítaras, arpas y címbalos, en el mismo día y hora en que había sido profanado por los paganos. ⁵⁵ Todo el pueblo se postró rostro en tierra, adoró y bendijo a Dios, que les había dado la victoria, ⁵⁶ y celebraron la dedicación del altar durante ocho días, ofreciendo con alegría holocaustos y sacrificios de comunión y de acción de gracias. ⁵⁷ Adornaron la fachada del templo con coronas de oro y con escudos; restauraron las entradas y salas y pusieron puertas; ⁵⁸ el pueblo se alegró muchísimo y quedó borrado el oprobio causado por los paganos. ⁵⁹ Judas, sus hermanos y toda la asamblea de Israel acordaron que la dedicación del altar se celebrase con alegría y regocijo cada año, durante ocho días, a partir del veinticinco de Casleu.

➔ El fragmento cuenta la purificación y la nueva consagración del templo después de las primeras victorias de Judas Macabeo (vv. 36ss). Tras el lamento y el luto por la desolación a la que había sido reducido el santuario, se decide lo que van a hacer y se procede a los trabajos de reconstrucción.

Por último, llega el momento del rito. Por la mañana se ofrecen sacrificios sobre el altar reconstruido, consagrado de nuevo con cantos y músicas (vv. 52-54). El pueblo se postra en adoración dando gracias al Señor (v. 55) y prosiguen los ritos durante ocho días (v. 56). El templo ha sido renovado por completo y ha quedado cancelada la vergüenza de la dominación pagana (vv. 57ss). Judas establece que la fiesta se celebre cada año, durante ocho días, con alegría (v. 59).

Evangelio: Lucas 19,45-48

En aquel tiempo, ⁴⁵ Jesús entró en el templo e inmediatamente se puso a expulsar a los vendedores, ⁴⁶ diciéndoles:

–Está escrito: *Mi casa ha de ser casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.*

⁴⁷ Jesús enseñaba todos los días en el templo. Los jefes de los sacerdotes, los maestros de la Ley y los principales del pueblo trataban de acabar con él. ⁴⁸ Pero no encontraban el modo de hacerlo, porque el pueblo entero estaba escuchándolo, pendiente de su palabra.

➔ Los sinópticos colocan el episodio de la purificación del templo casi para introducir los relatos de la última cena y de la pasión. En este pasaje evangélico de Lucas se distinguen dos unidades: la expulsión de los vendedores (vv. 45ss) y la enseñanza de Jesús, que provoca la reacción de sus adversarios (vv. 47ss). En ambos casos entra Jesús en el templo como cualquier judío observante, pero actúa con una autoridad que sorprende y

desconcierta. Lucas no insiste en la descripción de los detalles particulares, sino que se limita simplemente a decir «*los vendedores*», reuniendo así todos los comportamientos que, aunque no estén prohibidos, representan un ultraje para el lugar sagrado. Jesús los expulsa con dos citas proféticas, una de Isaías y otra de Jeremías.

En la segunda parte, se dice simplemente que Jesús «*enseñaba todos los días*»: la normalidad de su presencia en el templo y la serenidad de su actividad de maestro hacen resaltar el contraste entre los jefes y el pueblo. En efecto, mientras este último le escucha y le sigue, los jefes buscan un pretexto para condenarle a muerte, aunque no saben cómo arreglárselas. La Palabra de Jesús es, una vez más, el «*signo de contradicción*» que revela los pensamientos secretos de los corazones y distingue a los creyentes de los incrédulos.

MEDITATIO

Los documentales y las adaptaciones de los relatos evangélicos favorecen la creación de una imagen edulcorada y desteñida de la actividad pública de Jesús, una imagen que nos ha sido transmitida más por la costumbre que por la tradición. Nos sorprende que también Lucas, el más dócil de los evangelistas, muestre, sin embargo, en Jesús una actitud firme e incluso ruda, una decisión que desorienta a sus adversarios y los reduce al silencio.

Mantenerse fieles a la Palabra, sin ceder a componendas, impone decisiones difíciles: el Reino de los Cielos se conquista con la violencia, dice Mateo (11,12), y precisamente Lucas afirma, en el momento decisivo, la necesidad de no sustraerse al combate: «*Pues ahora, el que tenga bolsa que la tome, y lo mismo el que tenga alforja, y el que no tenga espada que venda su manto y se la compre*» (22,36).

Nos impresiona Judas Macabeo, que consagra el templo casi con las manos aún sucias de la sangre de los enemigos. También nos impresiona Jesús cuando no vacila en meterse contra los poderosos, sabiendo que también el pueblo le dará la espalda en seguida. Se requiere valor y fuerza para sostener posiciones impopulares, pero dictadas por la conciencia y por el Evangelio. Se requiere discernimiento, humildad y un prolongado trato con la Palabra de Dios para conjugar el rigor de los principios con la atención a las personas.

ORATIO

Señor, hazme fuerte.

Haz que no enmascare mi cobardía con la manse dumbre, que no confunda el respeto a las opiniones ajenas con la incapacidad de dar testimonio del Evangelio. Concédeme el discernimiento necesario para reconocer lo que es sagrado porque tú lo has querido, distinguiéndolo de lo que nosotros hemos revestido de un carácter sagrado porque así convenía a nuestros intereses humanos. Concédeme el valor de hablar cuando es necesario y de callar cuando es bueno hacerlo, sin que mi palabra y mi silencio estén guiados por el miedo o por el deseo de obtener ventajas para mí.

Guíame tú, Señor, en todo instante de mi vida y en todo lugar, porque el mundo entero es sagrado para ti, como y más que los templos o las iglesias.

CONTEMPLATIO

La oración auténtica es oración de la Iglesia: una oración sincera obra algo en la Iglesia y es la Iglesia misma la que ora, porque el Espíritu Santo que la anima es también el que en cada alma *«intercede por nosotros con gemidos*

inefables» (Rom 8,26). Ésta es la verdadera oración, porque «*nadie puede decir: "Jesús es Señor" si no está movido por el Espíritu Santo*» (1 Cor 12,3). ¿Qué sería la oración de la Iglesia si no fuera don de los que aman con un gran amor al Dios que es amor? El don total de nuestro corazón a Dios es el estado más elevado accesible a nosotros, el grado más alto de la oración. Las almas que lo han alcanzado constituyen verdaderamente el corazón de la Iglesia: en ellas vive el amor sacerdotal de Jesús. Difunden en otros corazones el amor divino que las posee y colaboran así a la perfección de todos.

Todo es unitario para las almas bienaventuradas que han llegado a la unidad profunda de la vida divina: reposo y acción, contemplar y actuar, callar y hablar. Mientras estamos en camino, y más aún mientras la meta está lejana, permanecemos bajo la ley de la vida temporal y, sin embargo, estamos seguros de que, en el Cuerpo místico, la vida divina en plenitud llegará a ser realidad para nosotros en virtud del mutuo y recíproco progresar de los miembros.

Las formas tradicionales de oración también son necesarias, y debemos participar en el culto público, tal como lo establece la Iglesia, para que nuestra vida interior se sienta estimulada, permanezca en su justo equilibrio y se exprese del modo adecuado. La alabanza solemne de Dios debe tener sus santuarios en la tierra, para ser celebrada con toda la perfección de la que los hombres son capaces. En ellos y en nombre de toda la Iglesia, puede subir al cielo, actuar sobre todos los miembros, mantener despierta la vida interior y estimular su esfuerzo fraterno (E. Stein, *La prière de l'Église*, París 1965, pp. 51-55).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Mi casa ha de ser casa de oración*» (Lc 19,46).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La Iglesia tiene como única misión hacer presente a Jesucristo en medio de los hombres. Debe anunciarlo, mostrarlo, darlo a todos. El resto está de sobra. Sabemos que no puede faltar a esta misión. La Iglesia es y será siempre, con toda verdad, la Iglesia de Cristo: «Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Ahora bien, es menester que lo que la Iglesia es en sí misma lo sea también en sus miembros. Lo que ella es para nosotros debe serlo también por medio de nosotros. También nosotros debemos ser anunciadores de Cristo, dejándole aparecer continuamente a través de nuestro ser. Todo esto es algo más que una obligación; es, podemos decir, una necesidad orgánica. ¿Responden siempre a ello nuestros hechos? ¿Anuncia la Iglesia, verdaderamente, a Jesucristo a través de nosotros? [...].

¿Ha conservado nuestro mensaje la pureza de los primeros anunciadores? No por ello está siempre, necesariamente, iluminado o libre de consideraciones humanas un celo activo y sincero. La fe de quien procede puede no ser suficientemente pura [...]. Creamos, y sostenemos después, obras de todo tipo, y cada una de ellas responde a una necesidad indiscutible. Están las técnicas para cristianizar, técnicas que, por consiguiente, hemos de conocer antes que nada [...]. Hay una imponente variedad de tareas especializadas que requieren dotes adecuadas y requieren entrega, oscura o brillante. Todas estas cosas tal vez sean necesarias. Sin embargo, hemos de estar atentos siempre a presentar la Iglesia —y antes que nada a comprenderla— en su verdad total. En la Iglesia y a través de ella nos preocupamos constantemente por escuchar a aquel a quien ella anuncia, de remontarnos hasta aquel que es la única razón de su existencia.

Cada uno de nosotros es miembro del único Cuerpo. Cada uno de nosotros, en el modesto sector en el que se mueve, es la Iglesia. La Iglesia debe anunciar el Evangelio por medio de cada uno de nosotros; debe hacer brillar su luz a los ojos de cada hombre que viene a este mundo, como el candelabro que sostiene la antorcha (H. de Lubac, *Meditazioni sulla Chiesa*, Milán 1993 [edición española: *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro Ediciones, Madrid 1980]).